

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS



“Dicen que yo no sé”

Servando Ortoll (2009) (Notas, compilación y traducción) *Con novedades del camino real: tres crónicas extranjeras, 1869-1873*. Jitantáfora, Morelia.

“Camino real de Colima / no me quisiera acordar / los trabajos que pasé / en ese camino real”, afirma Rubén Fuentes en su famosísimo son, para inmediatamente después retractarse y concluir contundente: “tomo la pluma en la pluma en la mano / para escribir y firmar / los trabajos que pasé / en ese camino real”.

Estos sencillos versos que conserva la memoria popular y que seguramente la mayoría de los que estamos aquí hemos cantado en innumerables ocasiones, me dan la pauta para compartir algunas de las muchas reflexiones que propició mi lectura de esta fascinante obra.

Todos los que habitamos esta región, quizá sin ser conscientes ello, venimos del camino real. Los productos que consumimos y utilizamos, la música que escuchamos, los platillos que degustamos, las fiestas que celebramos, los parentescos que surgieron de los amores que en ese camino se avivaron, los hechos que marcaron hitos en la historia regional, en fin, nuestro pasado y la vida cotidiana del aquí y ahora fueron gestados durante centurias sobre la tierra y guijarros del camino real y constituyen el sustrato de nuestra identidad y cultura, en el más amplio sentido del término.

Aunque nos hayamos criado en ese camino, como dice el son, no nos hemos querido acordar, si se me permite la expresión, o por lo menos no suficientemente. Es decir, el microuniverso que surgió en la ancha franja de influencia del cami-

Texto leído el 16 de noviembre de 2009, en el Archivo Histórico del Municipio de Colima, a manera de presentación del libro citado.

no real, el impacto que éste tuvo en la vida social, política, económica, comercial; en una palabra, en la cultura de toda esta región, no ha sido aún explorado con la profundidad que amerita.

Éste es un primer aspecto que quiero destacar del libro que hoy presentamos, cuyo título tan acertado como sugerente pone en evidencia la urgente necesidad de indagar, analizar y difundir las múltiples voces que desde el pasado aguardan que una pluma las ayude a contar las novedades del camino real.

Por eso aplaudo la publicación de estas crónicas y felicito ampliamente a Servando, quien nos da la oportunidad no sólo de recorrer el emblemático camino real, llevados por la voz de tres viajeros, sino de palpar la cotidianidad, las costumbres y formas de vida de los habitantes de pueblos, caseríos o haciendas que éste cruzaba. La historia menuda, la microhistoria, es, como dice Luis González y González, la historia matra, de la que indudablemente venimos y a la que hay que mirar para saber quiénes somos. No sólo hemos surgido de los grandes acontecimientos, tratados o guerras que marca la historia patria. Por eso cada vez se aquilata más la valía de recuperar la perspectiva de lo cotidiano, de la cual este volumen es una riquísima muestra.

Las crónicas de los tres viajeros son paralelamente documentos históricos y literarios. Ambas, lo microhistoria y la literatura, dice González y González, son hermanas gemelas. La microhistoria nace del corazón más que de la cabeza, su madera es de poeta, no de científico.

Es justamente por el ensamble historia-literatura que las crónicas rescatadas por Servando cautivan al lector, pues al ser expuestas en un discurso narrativo trascienden la inmediatez de una realidad delimitada y concreta para alcanzar la redescipción de dicha realidad. Este salto cualitativo es lo que las hace permanecer y llegar a nosotros con tal frescura e intensidad.

Paul Ricoeur, uno de los teóricos que más han profundizado en la relación historia y narratividad, afirma que, al ser narrada, la historia es un artefacto literario, sin por ello dejar de ser una representación de la realidad, sólo que se trata de una realidad redimensionada, sobre la cual el narrador ha llevado a cabo un proceso de iconización; es decir, mediante el relato, el narrador pone en relieve determinados aspectos de la realidad, tal como hace el pintor en un cuadro.

En el libro que nos ocupa, cada narrador nos ofrece su propia visión, su iconización, de una realidad bastante similar. Para decirlo llanamente, cada uno habla del camino como le fue en el viaje. Por eso es fascinante. Tres historias que comparten una misma época y geografía, tres miradas que a veces se tocan pero muchas otras se alejan diametralmente, dependiendo del punto de vista del narrador, de su propio carácter y circunstancia, de los motivos del viaje y de los personajes, espacios y acciones que suma al relato.

Así, el lector pasa de un ambiente a otro, de una realidad a otra, en la historia que cada viajero narra, y termina construyendo su propia idea de lo que serían el paisaje, la fisonomía de los pueblos, el carácter de los habitantes, la gastronomía,

las costumbres, los peligros y acechanzas de ese intrincado camino y las regiones que cruza.

No obstante la singularidad de cada crónica, éstas tienen un denominador común: el asombro de ojos extranjeros que por vez primera contemplan el imponente paisaje de estas tierras: los volcanes de hielo y de fuego, las barrancas, las lagunas y arroyos, la exuberante vegetación. Loros, pericos, pájaros de diversas especies, árboles floridos, palmeras, pinos, arroz, caña, maíz... van cambiando según avanzan los protagonistas en el relato de su camino. Señalan también, con mayor o menor detalle, lo que en cada sitio se producía, en qué cantidades y cómo: jabón, vino, azúcar, piloncillo, alcohol, dulces, loza de barro, forja de hierro, utensilios de jarcería y, en fin, lo que se elaboraba en la zona.

Ese cúmulo de datos es de suyo interesante pues da una idea bastante precisa de la situación económica y comercial de la época; sin embargo, es en las peculiaridades de cada crónica, en la visión y anécdotas particulares que narra cada autor, donde reside su mayor riqueza histórica y literaria.

Al respecto quiero destacar la magistral traducción realizada por Servando Ortoll. Su habilidad narrativa y, por supuesto, su profundo conocimiento del ambiente y del contexto, así como del perfil de los viajeros, logran que cada texto conserve el estilo de su creador sin que se note la minuciosa labor de traducción.

Ello, aunado al efecto que las acciones más cotidianas de los pobladores causan en la percepción de los viajeros, tales como encender el fogón, moler nixtamal, echar tortillas, arriar las recuas, enganchar las carretas, o degustar moles y tatemados, hacen que la lectura de estas crónicas sea realmente fascinante, sabrosa y fluida.

Así, disfrutamos de las descripciones vivas y entusiastas que a la menor provocación lanza Albert S. Evans, el primero de los cronistas y quien con mayor admiración y optimismo ve cuanto sucede a su paso. Alaba prácticamente todo, excepto el mezcal, que en cambio da lugar a que narre una página divertidísima de los efectos que produce este “endemoniado aguardiente”.

El segundo relato es de Rose Kingsley, mujer valiente y sensible, aunque en ocasiones melindrosa y racista. Su texto se acerca más a un diario de viaje o a una relación epistolar. Por ella sabemos el temor con que recorrían los viajeros el camino real, amenazados continuamente por bandas de salteadores, bandidos o pronunciados, cómo se defendían de la delincuencia organizada de la época, y las estrategias que debían seguir para protegerse.

Finalmente, John Lewis Geiger, negociante británico, es quien escribe desde una mayor distancia, con una objetividad no exenta de prejuicios. Aunque en ocasiones llega a ser despectivo hacia los naturales, sus usos y costumbres, hace sus comentarios con un fino humor inglés, por lo que al lector le queda, como al cronista, el sabio escape de la risa.

Espero que la obra que hoy nos ofrece Servando Ortoll impulse a investigadores y estudiosos a fin de que, parafraseando a don Rubén Fuentes, tomen la pluma

en la mano para escribir y firmar y nos hagan recordar mucho más que los trabajos pasados en ese camino real.

A todos ustedes los invito a que, guiados por Servando Ortoll y sus viajeros, suban al carruaje de la historia y la literatura y disfruten el viaje de una enriquecedora e interesantísima lectura.

MARINA SARAVIA

La Unión Latino Americana y el boletín *Renovación*. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920

Alexandra Pita González (2009). *La Unión Latino Americana y el boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920* México D.F., Centro de Estudios Históricos-El Colegio de México/Universidad de Colima, 2009, 386 pp.

La historia y la cultura de América Latina en el siglo xx mostraban grandes y vertiginosos avances. Es en este marco que se desarrolla un importante grupo de intelectuales latinoamericanos que tendrán impacto en el pensamiento político durante la década de los veinte. El libro de Alexandra Pita González cubre este periodo y analiza las propuestas de integración de los países latinoamericanos. Más específicamente, investiga los orígenes y el camino de la Unión Latino Americana (ULA). Esta asociación se caracterizaba por su fuerte matriz antiimperialista y latinoamericanista, y tenía por objetivo formar cierta unidad cultural, política y económica de los países de la región, para poder después recuperar el viejo ideal bolivariano.

Este trabajo comenzó siendo su tesis doctoral y luego concluyó en libro. Al ser éste su primer libro publicado, no permite hacer un análisis comparativo con obras anteriores. Para esta investigación, la autora utiliza un vasto rango de fuentes para llevar a cabo su trabajo: entrevistas a Sergio Bagú —observador que pocos años después de la desaparición de la Unión Latino Americana inició su investigación sobre José Ingenieros—; gran cantidad de números de *Renovación. Boletín Mensual de Ideas, Libros y Revistas de la América Latina*, porque no existía una colección completa en ninguna biblioteca de América Latina; numerosos archivos privados y públicos de América y Europa. La tarea de conseguir este gran corpus de documentos fue casi detectivesca porque muchos artículos habían sido quemados o estaban muy desorganizados.

El libro sigue un orden temático y cronológico y está dividido en dos partes. La primera parte gira en torno a tres momentos significativos de conformación, en donde la figura principal es José Ingenieros porque puso un gran énfasis en la construcción de esta red. En la segunda, donde Palacios es el líder oficial y real, en la cual se hace referencia a los cambios que sufrió la red al expulsar e incorporar a miembros que le dieron una nueva conformación. Para enfatizar los cambios, se

analizan además otras organizaciones antiimperialistas. Cada una de estas partes se divide en capítulos; el libro cuenta con siete de ellos, además de una introducción y una conclusión. A su vez, los capítulos se subdividen en secciones. En último lugar, se agrega también una parte de siglas, referencias, anexos y un índice onomástico.

En el primer capítulo, “El origen simbólico de la Unión: el discurso de José Ingenieros”, se analiza la importante disertación pronunciada por José Ingenieros en octubre de 1922, ya que a partir de ésta el “maestro” se volcará a la acción para crear una organización que llevó el nombre de su discurso: Unión Latino Americana. En este capítulo se hace una buena exposición de los ejes temáticos que se examinarán en todo el libro. El segundo capítulo, “El *Boletín* y el grupo Renovación: revistas e intelectuales”, gira en torno a este grupo y al impacto que tuvo en la red. En el tercer capítulo, “La Unión Latino Americana: fundación y organización”, ya se presenta a la ULA como institución. Este hecho sucedió en marzo de 1925, después de dos años de fuerte labor ideológica. El objetivo de este nuevo proyecto era ofrecer a la ULA mejores herramientas para así poder ganar espacio en la esfera de la política universitaria y consecuentemente proyectarse con mayor fuerza al resto de la región latinoamericana. Sin embargo, el resultado de estos esfuerzos no fue positivo porque seguían siendo insuficientes para lograr los objetivos de la ULA. A partir del cuarto capítulo, “El ‘maestro’ Ingenieros: memoria y apropiación simbólica”, se rompe el orden cronológico y temático, ya que se salta a la muerte del “maestro” para poder así analizar el impacto que tuvo ésta en la Unión y en importantes personajes que intentaban legitimarse como herederos intelectuales de Ingenieros. Su muerte puso fin al primer ciclo de vida de la ULA, conmocionando a muchos intelectuales. En este capítulo se analizan varias publicaciones que hacen referencia a su memoria. Los efectos de su muerte fueron dos: una batalla simbólica entre los herederos intelectuales y la disconformidad en el núcleo de la ULA, y la consecuente creación de la Alianza Continental en 1927.

A partir de la muerte de Ingenieros, la ULA estuvo bajo la dirección de Alfredo Palacios. En el quinto capítulo, “La Alianza Continental: el desprendimiento de la red”, y en el sexto, “Unionismo, aprismo y antiimperialismo”, ya inmersos en la segunda parte, se retoma el orden cronológico de la institución a partir de 1926; pero se realiza una variación temática al incluir el análisis de dos importantes actores sociales que interactuaron directamente con la ULA: el APRA y la Alianza Continental. En el quinto capítulo se hace una comparación entre la Alianza y la ULA. La primera organización planteó la defensa de la noción de “nacionalismo continental” y llegó a tener un gran alcance ante la opinión pública debido a la utilización de la prensa grande, la radiodifusión y los actos públicos. En cambio, la segunda fue una institución más tradicional, ya que mantuvo el lugar de formadores de inteligencia desde lo periodístico. En el séptimo capítulo, “Estudiantes, intelectuales y política: fin del proyecto unionista”, se analiza cómo reaccionó la Unión durante sus últimos años de vida—entre 1928 y 1930— ante la crisis política nacional

que terminó con la caída del presidente Hipólito Yrigoyen en septiembre de 1930. Para estudiar esto, se consideran los cambios y continuidades que sufrió *Renovación* y la posición que adoptaron Carlos Sánchez Viamonte y Alfredo Palacios ante la incipiente militarización de la sociedad argentina, que culminó en el golpe de Estado. En las conclusiones, la autora resume los aspectos centrales de la Unión a través de los siguientes conceptos: juvenilismo, antiimperialismo y latinoamericanismo. Esta sección se enriquece aún más con dos epígrafes: uno de Deodoro Roca y el otro de Julio V. González. Finalmente, se agrega un apéndice que amplía mucho el estudio gracias a los cuadros donde figura la composición del Consejo Directivo de la ULA y también de sus filiales. Además, se elaboran listas que permiten conocer el alcance de la circulación de ideas en América Latina.

Una vez leído el libro, se puede llegar a percibir que hay dos temas importantes alrededor de los cuales se desarrolla el trabajo. Estos son: la identidad y la unidad de América Latina. Y a ellos se llega a través del estudio de la ULA y su participación política no partidaria, o sea no incorpora un partido político. Esta idea de la búsqueda de una identidad se remonta al año 1898 y continúa hasta las primeras tres décadas del siglo xx. Durante este periodo se lleva a cabo la modernización, época en la cual se plantean grandes desafíos para las élites políticas e intelectuales.

Este libro está dirigido a los intelectuales y estudiantes a fin de que tomen conciencia de la identidad y unidad latinoamericana. Es una buena acción de la autora dejar abierta la posibilidad a otros escritores para que retomem este estudio, ya que sostiene que todavía hay mucho que explorar e investigar. Pero el futuro literato deberá hacer un gran esfuerzo para superar este alto estándar que ha puesto Alexandra Pita González gracias a su rico vocabulario, gran variedad y seriedad de fuentes y minucioso análisis. Este último ingrediente es realmente muy valioso, ya que la tarea de recopilación de datos fue sumamente ardua por la falta de material de estudio.

La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920, constituye un excelente material que nos permite conocer un poco más sobre los intelectuales y estudiantes de la época. Pero carece de una mayor explicación o más exhaustivo detalle del contexto en el cual estaban inmersos y se desarrollaban estos importantes actores del periodo analizado de la historia latinoamericana.

MARIANA AYERBE RANT

Signatura rerum. Sul método de Giorgio Agamben

Bollati Boringhieri (2008). *Signatura rerum. Sul método*, de Giorgio Agamben. , Turín, 120 pp.

Uno de los pensadores contemporáneos más discutido en años recientes, tanto en los ambientes académicos como en los medios de comunicación, es el filósofo italiano Giorgio Agamben, quien labora en la Universidad IUAV de Venecia. En la obra aquí reseñada, se propone explícitamente reflexionar sobre tres problemas específicos del método; a saber, el concepto de paradigma, la teoría de los símbolos y la relación entre historia y arqueología. Para ello, recoge y amplía la herencia intelectual de Michel Foucault en cuanto al método y señala, con base en un principio metodológico propuesto por Walter Benjamin, que la doctrina sólo puede ser expuesta legítimamente en forma de interpretación (p. 7). Agamben plantea de entrada un reto a los lectores: deberá ser él quien discierna qué ideas de las expuestas en los tres ensayos de este libro pertenecen a Foucault, cuáles a Agamben y cuáles són válidas para ambos. Y advierte además que no existe un método que puede separarse del contexto en que opera, por lo que no hay método alguno que sea válido en todos los ámbitos, de la misma manera en que no hay una lógica que pueda prescindir de sus objetos. Agamben echa mano de otro principio metodológico para explicitar la estrategia de su exposición, consistente en señalar que el elemento genuinamente filosófico en toda obra es su capacidad de ser desarrollada; refiere así a la posibilidad que Feuerbach definía como *Entwicklungsfähigkeit*.

El título de este libro hace referencia al IX libro del tratado de Paracelso titulado *De Natura rerum* (p. 35). Ese libro específico lleva el subtítulo *De signatura rerum naturalium*. Existe además un tratado de Jakob Böhme, filósofo germano de los siglos XVI y XVII, que lleva esa frase como parte del título, en el que añade la aclaración: "...o del nacimiento y designación de todos los seres" (*Signatura rerum, oder der Geburt und Bezeichnung aller Wesen*), publicado en 1622. Es esta tradición en la búsqueda de signos en las cosas, la que lleva a Agamben a la discusión central del libro, referente a la teoría de los signos. Sin embargo, vale la pena señalar

algunos de los puntos más sobresalientes de cada uno de los tres ensayos que componen esta obra de Agamben. Conviene señalar que este libro es parte de una discusión en la que el autor se ha embarcado durante varios años, que remite a algunos conceptos fundamentales del pensamiento político occidental. De hecho, este libro es parte de una reflexión que se perfila desde sus primeras obras como *L'uomo senza contenuto* (1970) y que resulta más explícita en textos como *Il linguaggio e la morte* (1982) y algunos más recientes y conocidos como *La comunità che viene* (1990), *Homo Sacer. Il potere sovrano e la nuda vita* (1995), además de *L'aperto*, *L'uomo e l'animale* (2002) y algunos más específicos como son *Il sacramento del linguaggio. Archeologia del giuramento* (que es parte de la obra *Homo sacer* (II, 2008), *Nudità* y *Angeli. Ebraismo Cristianesimo Islam* (ambos de 2009).

En el capítulo titulado “¿Qué es un paradigma?” (*Che cos'è un paradigma?*) Agamben señala que en sus investigaciones anteriores se ha ocupado de figuras específicas que, aun cuando han sido fenómenos históricos, son tratados por él como paradigmas. Su función, señala, era “constituir y hacer inteligible un contexto histórico-problemático más completo y más vasto” (p. 11). En un intento por acabar con los equívocos de quienes creían que Agamben intentaba solamente ofrecer tesis o reconstrucciones meramente historiográficas, en este primer ensayo se enfoca en el sentido y la función que tiene el uso del paradigma en la filosofía y las ciencias humanas. Comienza, previamente, por discutir la utilización del término, todavía poco definido, por parte de Michel Foucault, dentro de una constelación de términos afines como “saberes”, “dispositivos”, “problematizaciones”, “formaciones discursivas”, entre otros. Para aclarar la relación de Foucault con el término analiza a algunos de los principales autores relacionados con el concepto, entre ellos Thomas Kuhn, quien hiciera tan famoso el término *paradigma* en el doble uso de matriz disciplinar y de elemento de un conjunto de técnicas, modelos y valores que permite definir una tradición de investigación (p. 13).

En su discusión del término de paradigma y su revisión del uso foucaultiano del concepto, Agamben analiza las diversas reflexiones de Foucault en varias obras y épocas y la manera en que se refiere y distancia de los usos que le dan otros pensadores. Así, parecería que ya en 1969 Foucault hace esfuerzos por distinguir su noción de las formaciones discursivas en relación con los paradigmas kuhnianos (p. 16), y el caso del panóptico resulta ilustrativo, pues se trata de “un modelo generizable de funcionamiento”. Para Agamben, en la obra de Foucault no es éste un caso aislado, pues

...se puede decir, por el contrario, que el paradigma define, en este sentido, el método foucaultiano en su rasgo más característico. El *grand enfermement*, la confesión, la indagación, el examen, el cuidado de sí mismo: otros tantos fenómenos históricos singulares que son tratados —y en esto consiste la especificidad de la investigación de Foucault respecto a la historiografía— como paradigmas que resuelven en torno a un contexto problemático más amplio al que, en su conjunto, constituyen y hacen inteligible (p. 19).

Es por ello que la forma de proceder de Foucault muestra la pertinencia de liberar a la historiografía de la mera narrativa cronológica y del dominio exclusivo de los contextos metonímicos para restituir la primacía a los contextos metafóricos, como señalan algunos de sus analistas, aunque hay que precisar, añade Agamben, que para Foucault no se trata de metáforas sino de paradigmas. En su exposición, Agamben entra en detalle en el uso de la noción por parte de otros autores y en otras épocas, y acude a instancias como la distinción entre *exemplar* y *exemplum*, que remite a aquello que debemos imitar frente a aquello que exige una valoración más compleja, y señala que, en el caso del paradigma de Foucault, la noción remite a las dos cosas a la vez: un modelo relacionado con la ciencia normal y un *exemplum* que permite generar un nuevo conjunto inteligible en un nuevo contexto problemático (p. 20).

De ahí que la discusión de Agamben abunde en instancias en las que se ilustra el estatuto epistemológico del paradigma, como la analogía, la regla monástica, la relación entre lo ideal y lo sensible, la gramática, las hipótesis, entre otros. Para finalizar este primer ensayo, Agamben presenta algunas tesis para describir los rasgos que definen el paradigma, entre las que resalta que no se trata de una forma de conocimiento inductiva ni deductiva, sino analógica, que va de la singularidad a la singularidad. Agamben concluye señalando que la pregunta en torno a si la *paradigmaticidad* reside en las cosas o en la mente del investigador carece de sentido, pues la inteligibilidad no refiere a la relación entre un sujeto y un objeto, sino al ser (p. 34).

En el segundo ensayo de este libro, referente a la teoría de los símbolos, Agamben retoma la discusión del lenguaje como una forma de simbolización originaria y remite a la discusión del “primo signator”, Adán, quien impone a las cosas, en hebreo, su “nombre justo”, correspondiente a la naturaleza y las virtudes específicas de aquello que se nombra. Esta discusión da pie al planteamiento de otros campos de simbolización, como el de los síntomas interpretados por los médicos (de ahí la importancia que el símbolo tiene para Paracelso) y la relación que guardan las enfermedades con sus principios curativos. Pero habrá que recordar que para comprender la relación entre los símbolos y lo simbolizado hay que entender al generador e intérprete de los símbolos, el hombre, y la manera en que éste es capaz de generar e interpretar marcas y signos más allá de los provistos por la naturaleza (p. 40).

Entre los ejemplos analizados por Agamben en este segundo ensayo del libro se encuentra la firma con la cual el artesano o el artista marca su obra. En la ciencia, la magia, la religión, la teoría de los sacramentos, la astrología, la teoría de los símbolos ha tenido una influencia decisiva, señala, y expone a continuación algunas de sus instancias históricas. Una parte importante de la discusión de Agamben remite, hacia el final del ensayo, a la obra de Foucault *Las palabras y las cosas*, en donde el pensador francés sitúa la teoría de los símbolos dentro de la epistemología renacentista. Agamben contrasta también la *Arqueología del saber* de Foucault

con la obra de Émile Benveniste, *Sémiologie de la langue*, publicada en el mismo año de 1969. En la discusión de Agamben salen a relucir las relaciones entre la cábala y las formas de resolver los problemas a las que recurre Sherlock Holmes, y la relación que el símbolo tiene con la realidad natural y social, en especial a través del indicio y el concepto, en autores como Carlo Ginzburg, Walter Benjamin, Karl Löwith, Carl Schmitt, Max Weber, Lévi Strauss. Agamben concluye que la deconstrucción y la arqueología no agotan el catálogo de las estrategias simbólicas.

En el último ensayo del libro, acerca de la arqueología filosófica, idea que aparece por primera vez en Immanuel Kant cuando se pregunta sobre la posibilidad de una “historia filosófica de la filosofía”, Agamben reflexiona respecto del carácter peculiar de una práctica que no es empírica sino sobre todo conceptual y que remite al ejercicio de la razón. De la discusión de Agamben resaltan pasajes como la importancia de la analogía entre la regresión arqueológica y el psicoanálisis, pues en ambos casos se trata de regresar a un pasado que no ha acontecido sino que en buena medida se ha conservado como presente. En el esquema freudiano, ese no-pasado se manifiesta en los síntomas neuróticos, mientras que en la investigación arqueológica se trata sobre todo de cuestionar las tradiciones de ellas ¿¿¿para acceder a lo que nunca ha sido, a lo que nunca ha sido eliminar??? deseado. La arqueología es, por ende, señala Agamben, “la única vía de acceso al presente” (p. 103). En la obra de Foucault, esta referencia a las estrategias y gestos de la arqueología se da ya en su prefacio de 1954 a la obra de Ludwig Binswanger, *La rêve et l'existence*, en donde Foucault desmiente la tesis freudiana de que el sueño es la realización vicaria de un deseo originario.

En todo caso, concluye Agamben, el problema del anclaje ontológico de la arqueología filosófica remite a la necesidad de reconocer que el *arché* al cual regresa la arqueología no es un dato que se pueda ubicar en una cronología, sino más bien una fuerza operante en la historia que, como el *big bang* o el niño en el psicoanálisis, continúa enviándonos sus radiaciones fósiles (p. 110). Aunque, a diferencia del *big bang*, el *arché* no es un dato, una suatancia, sino un campo de corrientes históricas bipolares, sostenido entre la antrpogénesis y la historia, algo similar a la tensión existente entre la gramática generativa y la gramática comparada (pág. 111).

Este texto de Agamben abunda en ejemplos, pero vale la pena resaltar que no son sus anclajes históricos los más importantes de su argumento, sino precisamente la manera en que él, sobre los hombros de Foucault y varios de nuestros contemporáneos, desarrolla la noción de paradigma y otras relacionadas, para ayudarnos a pensar en torno a la naturaleza y las ciencias humanas y la manera en que los filósofos y los científicos han elaborado estrategias para entender lo que acontece dentro y fuera de los ámbitos sociales según son pensados por seres dotados de una razón que nos potencia y a la vez nos limita.

LUIS RODOLFO MORÁN QUIROZ

Memoria en balsa

Wendy Guerra (2008). *Nunca fui primera dama*, Bruguera, Barcelona.

Los héroes se convertían en mármol y los necesitábamos hombres (p. 14). Estas palabras estallan en la cabina de una emisora de radio una madrugada en La Habana. Por el micrófono habla la joven Nadia Guerra. La audiencia se desconoce. Nadia creció, como buena hija de la patria, honrando a célebres personajes que nunca conoció. Entre ellos se encuentra su madre, quien dejó Cuba cuando Nadia tenía 10 años. El escenario: La Habana contemporánea. Los personajes que cimientan la historia: Nadia, Albis Torres (su madre) y Celia Sánchez (icono de la revolución cubana). La autora: Wendy Guerra.

Nunca fui primera dama es la novela más reciente de la joven escritora Wendy Guerra. La publicó la editorial catalana Bruguera. La misma editorial, en 2006, le entregó el Primer Premio Bruguera por la novela *Todos se van*,¹ libro que no circula en Cuba. Otras de sus publicaciones recientes son: en poesía, *Ropa interior* (2008), y en novela, *Posar desnuda en la Habana. Diario apócrifo de Anaïs Nin* (2000). Guerra vive en Cuba pero con frecuencia viaja a otros países a dar conferencias.

Nadia, al igual que la autora, pertenece a la generación de jóvenes nacidos en la etapa de la posrevolución cubana. La lucha de estos jóvenes no es (como lo fue la de sus padres) contra un régimen capitalista; su lucha consiste en entender su forma de vida. Por eso es que, desde los ojos de Nadia, Cuba engendra artistas, escritores, personas sensibles a la subjetividad humana. Una noche en la cabina, con el micrófono abierto, la joven artista y locutora se cuestiona a micrófono abierto (como constantemente lo hacía en silencio) sobre la herencia que dejó la revolución a las generaciones más jóvenes, y sobre su propia identidad. Así co-

¹ En *Nunca fui primera dama*, Guerra escribe que "un buen libro nació para ser editado en su mercado natural, en su patria con el sabor del origen, el olor y el tacto para el que fue pensado" (p. 115). Con estas palabras, Guerra se refiere a su novela *Todos se van*, prohibida en el país para el que fue pensada.

mienza la novela: con preguntas que no se sabe quién escucha. Esas preguntas aceitan toda la novela. La autora dice “Escribí la novela como algo que no fuera un pase de cuentas, sino de preguntas [...] [con] una gran curiosidad de por qué nuestros padres invirtieron 40 o 50 años de su vida en un proyecto colectivo y no personal” (Jiménez, 2009). Poco después, Nadia se trasladó a Francia, gracias a una beca artística que obtuvo. Lejos de La Habana, la búsqueda sobre su historia personal se incrementa.

Nadia necesita saber por qué su madre abandonó un país en el que creía y al que le dedicó tanto esfuerzo. “Si amaron tanto esto, ¿por qué fueron capaces de irse y dejarnos solos?” (p. 241). Como una *matriuska* al interior de otra de la que necesita escapar, Nadia quiere salir y encontrar verdades personales. Acaso “¿existe futuro sin memoria?” (p. 133). *Nunca fui primera dama* palpa lo indispensable de la memoria, tanto en una joven como en toda una generación. Sobre todo en un país donde la historia siempre es la invitada de honor en la casa familiar. Wendy Guerra muestra un país donde la historia no es asunto del pasado, sino del presente.

Nadia viaja en busca de su madre a Rusia, pues se enteró que ahí vivía. Al llegar, el país explota ante sus ojos. Con la caída del socialismo, Cuba quedó huérfana. Y ahora ella está ahí, conociendo al padrino ausente, el gran padrino que abandonó a Cuba. La Rusia que ella imaginó de niña –detrás de su pupitre cubano, mientras aprendía ruso– no existe.

Apareció mi madre. Voy en un taxi a buscarla. Sus viejos amigos, antes parias, guerrilleros, artistas hippies, gente pobre, hoy son ejecutivos, empresarios, personas de éxito. Los otros han quedado en el camino. Han muerto o ya no están visibles. El muro lo derrumbaron los fuertes; los débiles se desplomaron con él (p. 74).

Nadia ve que paradójicamente la madre también vive el abandono, olvidada por su memoria. Está devastada por el alzhéimer. “Ahora veo que somos una generación jodida, como la memoria de nuestros padres” (p. 91). De vuelta en Cuba, y con la madre a su cuidado, Nadia no le reprocha nada. ¿Cómo reprocharle a alguien que perdió su propia historia y con ésta el sentido total de su vida? En vez de respuestas, Nadia se tropieza con más preguntas. Sin embargo, la madre porta un diario, ahora su único tesoro. A través de él, Nadia reconstruye una historia que nace antes que ella, con la vida de su madre y el recuento de la relación de ésta con Celia Sánchez. Nadia mira, en los diarios de Albis, la silueta dibujada de Celia.

Wendy Guerra construye la novela a través de los diarios de su madre, de los propios y de la vida de Celia Sánchez. Los diarios son para Guerra la conexión entre su intimidad y su trabajo profesional como escritora. Los personajes son la ventana que enseña el rostro de tres generaciones. La generación de Celia, una mujer fiel a la revolución cubana, sencilla e incansable, cercana a las necesidades del pueblo cubano; la generación de Albis, que encarna los ideales revolucionarios, sacrificando la vida íntima por los intereses colectivos. Paradójicamente, las

voces de quienes se quedaron –las voces de los que no abandonaron el país– se derrumban. Nadia persiste en la búsqueda por encontrar la identidad de toda su generación, la más difusa de todas. Sabe que en las generaciones pasadas, en los héroes, pero sobre todo en los verdaderos héroes (los padres de cada uno), están las pistas de su identidad. La búsqueda de Nadia es la exploración de Wendy Guerra. Personaje y escritora comparten la misma madre (Albis Torres) y la misma generación. A fin de cuentas, Nadia es el *alter ego* de la escritora y el reflejo de toda una generación.

En *Nunca fui primer dama*, la autora toma prestadas dos piezas del artista cubano Wilfredo Prieto para adjudicárselas a Nadia: *Biblioteca blanca* y *Apocalíptico*. Wendy construye a Nadia como una artista con preocupaciones reales, como las de Wilfredo Prieto. Tales piezas muestran, al igual que la novela, la carne que conforma a una generación nacida después de la revolución cubana. Para *Biblioteca blanca*, Prieto mandó facturar una enorme cantidad de libros sin portada y sin contenido, todos blancos. La pieza habla de los enigmas de la vida y de la historia de la humanidad. Los libros guardan el conocimiento acumulado, pero los libros blancos no pueden ser descifrados; por más que se sepa que están repletos de conocimiento. *Apocalíptico* consiste en banderas en blanco y negro de muchos países. Sin colores, las banderas se asimilan, los países se aproximan. Wendy Guerra y Wilfredo Prieto forman parte de una generación joven que comparte preocupaciones; prueba de ello son sus obras. Guerra dice que para escribir “Mi influencia mayor está en la visualidad, en las artes visuales, no sólo en el sentido del diario como *performance* o como reporte [...] sino del diario como gesto”.² Al leer *Nunca fui primera dama* se mira el mundo de una cubana y de tres; y de una generación y de un país. Es como recorrer una galería llena de piezas de arte que emergen del subsuelo, y erupcionan en distintos momentos y lugares del recorrido.

Wendy Guerra arma las piezas sueltas en la vida de Cuba y construye una esfera brillante y delicada. Guerra se enfila en este escuadrón, en una búsqueda de la identidad, la memoria y la herencia que dejó la revolución cubana a una generación que se siente huérfana. *Nunca fui primera dama* es “un pacto diplomático entre todas las utopías no cumplidas (Jiménez, 2009). La autora se enfrenta a ellas y las aterriza en pequeños dramas; dramas que revive el lector de cualquier nacionalidad; con banderas en blanco y negro.

IRÉRI CEJA CÁRDENAS

² Youtube. “Habana cultura, Wendy Guerra”. Disponible en: http://www.youtube.com/watch?v=NFCiq_PSahA. Fecha de consulta: 6 de diciembre de 2009.

Bibliografía

- Guerra, Wendy (2008). *Nunca fui primera dama*. Barcelona: Bruguera.
- Jiménez, Arturo (2009). “Nunca fui primera dama, ‘pacto entre las utopías incumplidas’”, *La Jornada*, 4 de enero. México, D.F.
- Porrero, Ricardo (2009). “Arqueología cotidiana, Wilfredo Prieto”. *Código*, núm. 50, pp. 18-23.
- Youtube. “*Habana cultura*, Wendy Guerra”. Disponible en: http://www.youtube.com/watch?v=NFCiq_PSahA. Fecha de consulta: 6 de diciembre de 2009.

Discursos interceptados

José Manuel Valenzuela Arce (2009). “Prólogo” a *El futuro ya fue. Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*, El Colegio de la Frontera Norte, México.

Lleno de consecuencias, es aquí que estoy.
Vicente Quirarte

Interceptar significa ‘estorbar’, ‘impedir’, ‘obstaculizar’, ‘entorpecer’. Se trata pues de un verbo portador de negatividad. ¿Puede la negatividad ser vehículo para hacer transitar significaciones positivas, productivas? Me parece que sí, por ello decido titular este pequeño prólogo para un gran libro con una expresión que en su negatividad, “Discursos interceptados”, quiere aludir a la capacidad de José Manuel Valenzuela para “estorbar” el feliz canto del neoliberalismo predador y sus macroestadísticas; para “impedir” que tanto la memoria como la vergüenza y la indignación se escabullan frente a una realidad que parece no admitir lecturas optimistas; para “obstaculizar”, con la densidad de sus reflexiones, análisis y propuestas teóricas, el triunfo de la razón simplificada y el tono de autoayuda en parte de la literatura en ciencias sociales que circula a través de los grandes corporativos transnacionales; y, quizás, de manera especialmente relevante, haya que resaltar su voluntad de “entorpecer” el pretendidamente terso horizonte que desde el presentismo absoluto se empeña en negar “las sombras del mañana”, como diría Lechner (2002).

Me honra escribir estas páginas iniciales a un texto que, en muchos sentidos, habrá de ubicarse como lo más denso, profundo, crítico que se ha escrito en el país en torno a los jóvenes. La dimensión historizada de su arquitectura aportará sin duda elementos claves en la importante búsqueda de las claves que nos han traído hasta esta orilla de la historia. Me honra porque el autor deposita en mí la confianza de que habré de encontrar las piezas, los hilos, las rutas para orientar al lector en la travesía sobre “un futuro que ya fue” y, claro, además, porque a lo largo de 20 años José Manuel Valenzuela ha sido uno de mis más caros interlocutores, mi compañero en muchas búsquedas, mi escucha y mi amigo; una

amistad que no ha admitido nunca concesiones intelectuales, falta de crítica, ausencia de tensiones por el dato o la interpretación. Quizás es esta larga historia de “conversaciones”, de caminos andados a veces con la claridad de quienes saben lo que buscan y a veces desde la incertidumbre de quienes han hecho de la duda, la sospecha y el extrañamiento una profesión de vida, la que me autoriza a ocupar estas primeras páginas cuyo objetivo es el de pautar y enmarcar lo que el lector encontrará a lo largo de un texto que no da tregua ni cuartel y muestra no sólo el fino dominio del autor sobre “el tema”, sino la agudeza de sus interpretaciones y la felina astucia con la que encara a su “presa”, sea ésta el discurso de la biopolítica o los profundos sentidos del arte epidérmico, conocido como tatuaje.

Pero antes de adentrarme en el contenido del libro, quisiera señalar que éste admite y comporta tres tipos de lectura, no necesariamente excluyentes, pero cuyo matiz es fundamental establecer en el arranque. En primer término, para el lector atento y especializado, representa la posibilidad de acceder en un solo volumen a la larga y prolífica producción de Valenzuela. En este plano, el lector encontrará textos, artículos, ponencias ya conocidas que arrancan en los tempranos ochenta y culminan enraizados en nuestro presente caótico y vital. En un contexto en el que la circulación editorial parece no corresponderse en la misma medida con la circulación de capitales –lo cual es una paradoja inquietante–, la reunión de estos ensayos, análisis, ponencias es una posibilidad magnífica que no todos los autores tienen la generosidad de elaborar (por el tiempo y la energía que implican), para articular en un solo ejemplar reflexiones que provienen de distintos tiempos, poseen tesis diversas y obedecen a imperativos políticos diferentes.

En un segundo plano, hay una lectura que no dejará de sorprenderse por la “variedad” de facetas de ese objeto evanescente, opaco, nómada que llamamos “juventud”. La serie de ensayos que componen el libro constituye (más allá del sentido de antología de la primera acepción de lectura que aquí propongo) un verdadero tratado en torno a lo que las ciencias sociales y, en este caso, Valenzuela han reflexionado y aportado al conocimiento de los jóvenes.

Y, finalmente, una tercera lectura es la que se hace con ojos sorprendidos, esa que posibilita encontrar la frase clave, la expresión telúrica, el hallazgo sorprendente, el compromiso del autor con su propio objeto. No se requiere ser un novato en el tema para atisbar que el libro es una antología de textos que buscan reunir una “obra de autor”; pero tampoco se requiere ser un experto para dejarse sorprender a la vuelta de página con un guiño vital por parte del autor. Por ello, digo, ninguno de los tres planos de lectura que admite este texto son excluyentes.

Tres temas tres

Quisiera proponerle al lector tres ejes de lectura, los que a mi juicio atraviesan el libro de principio a fin. Tensiones constitutivas en las preocupaciones de José Manuel Valenzuela; problemáticas diversas que se enfrentan en los bordes o, me-

jor, en los “umbrales” (una cara noción para el autor), con tres tipos de problemas cuyo eje vertebrador es el poder:

- a) De un lado, el problema de la nominación, de la clasificación, del establecimiento de límites, marcos en los que es posible desplegar la categoría jóvenes-juventud, en contextos diferenciales pero siempre atravesados por una lógica del poder.
- b) El tema de la identificación, los mecanismos y modos diversos en que los jóvenes construyen, arman, sostienen sus biografías en vinculación con sus pares, los grupos, las instituciones. Valenzuela ha construido uno de los más sólidos andamiajes para el tema de las identidades y modos de adscripción de las culturas juveniles
- c) La especialización y temporalización de la experiencia social. No hay práctica sin lugar ni tiempo. Y el autor es absolutamente consecuente, de principio a fin, con esta premisa fundamental. En ninguna de las páginas del libro el lector dejará de encontrar las referencias claves a estas dos coordenadas vitales para la vida social, y me parece que la manera en que Valenzuela las pone a trabajar –analíticamente hablando– es no sólo pertinente sino también altamente eficaz.

Es a partir de estos tres ejes de lectura que quisiera colocar mis comentarios, añadiendo que estas tres dimensiones están constantemente atravesadas e “interceptadas” por la visión que del poder fundante, disciplinario, pero también resistente, tiene el autor.

Seguimos siendo los que fuimos

En este momento de cantos al mercado y la decretada vacuidad de ciertas categorías por su “trasnochado” anacronismo, el libro de Valenzuela retrotrae a la escena de la discusión conceptos y categorías fundamentales: el de la adscripción de clase, el de la ubicación de los estratos socioeconómicos, el del disciplinamiento de los cuerpos mediante el biopoder.

Contra un culturalismo peligroso por pasteurizador, un *pansemiotismo* amnésico y desubicado en el que el significante termina por desplazar al significado, habla el sociólogo que no se permite ignorar “los datos” de eso que llamamos estructura, sistema, institución. En el texto, como parte y como conjunto, el lector encontrará una clara manera de encarar sociológicamente la pregunta por los sujetos, que no se encuentran flotando al margen o existiendo a la deriva de procesos altamente estructurados. Esa capacidad de Valenzuela de hacer hablar los “datos duros” en clave cultural o, mejor, en clave profundamente humana, hace de cada página de este libro un valioso recordatorio de que nada de lo que somos puede ser al margen de las condiciones que, sin determinismos chatos, se nos imponen como sujetos.

Números, estadísticas, reflexiones, articulaciones e interpretaciones que van de una orilla a otra, otorgan a este texto un espesor analítico cuyo cuerpo no está en el dato frío, sino en la capacidad de hacerlo funcionar en un registro analítico, político, sociológico, humanamente interesado. Ahí, las transformaciones en la esperanza de vida, como dato crucial para entender las paradojas y contradicciones de un modelo que parece alargar la vida para explotarla más; pero también el cuerpo robustecido de “las góticas” que encuentran en sus amplios ropajes negros una manera de encarar el modelo anoréxico de ser mujeres en la actualidad. No hay cifra ni dato que no dialogue en este texto con un paratexto, es decir, un texto paralelo, cuyas implicaciones van más allá del dato simple.

“Los que son”, estos jóvenes de hoy día, sicarios, punketos, góticos, estudiantes, mujeres, hombres, fueron y son expresiones de culturas particulares pero profundamente imbricadas en ámbitos de clase, de históricas exclusiones, de complejos y excluyentes procesos de clasificación y nominación social.

Pero el sociólogo asume que sus instrumentos de conocer deben ser sometidos a la prueba antropológica para su eficacia interpretativa, y ahí es donde el Valenzuela antropólogo, etnógrafo, da muestra de su capacidad para hacer hablar a los sujetos: a la clase se opone o se confronta un nosotros construido con muchísimos trabajos; a la exclusión, el yo que habla opone sus estrategias de resistencia; al disciplinamiento moralino o económico, los sujetos despliegan no sólo resistencias, sino también afectos e imaginación.

Es bueno que Valenzuela nos invite a no perder de vista los anclajes profundos en los que los sujetos jóvenes desarrollan sus biografías, y es bueno porque de esa manera —no olvidando— es posible leer las marcas del poder, sus intenciones, no siempre fallidas, por volver a las culturas juveniles simples modas de consumo o alegres e inocentes prácticas momentáneamente irruptivas.

Seremos los que podamos inventar

Indudablemente Valenzuela ha sido uno de los más productivos y prolíficos pensadores de “la identidad”. Sus análisis han ido más allá de los jóvenes como categoría culturalmente construida. El lector podrá encontrar sus reflexiones sobre el tema, en asuntos o ámbitos tan vastos como la migración, el arte o la nación. Pero retengo, para estas páginas, lo que el libro aporta en términos de una lectura contemporánea de las identidades juveniles.

Contra ciertos acercamientos que tienden a asimilar “la identidad” con categorías genéricas o difusas como “clases medias” o “sujetos de consumo”, Valenzuela logra imprimir a la categoría “identidad” un rango de operación, aquélla en la que ésta se despliega para hacer-decir al sujeto el conjunto de componentes finos, precisos, claves de sus procesos de identificación. No hay celebración ni apología, no hay esencialismo ni romanticismo, en el modo en que el autor —el lector lo constatará— se sirve de la noción identidad-identificación-adscripción-afiliación

para poner a funcionar en un registro crítico los mecanismos a través de los cuales los jóvenes se afirman, se desmarcan, se afilian, se distancian de los procesos sistémicos que a contravía intentan imprimir marcas “indelebles” a través de categorizaciones absolutas.

Las contribuciones de Valenzuela en este ámbito son cruciales, porque a través de sus numerosos análisis empíricamente referidos es posible captar la ambigüedad, la incertidumbre, la dificultad de armar biografías en contextos excluyentes en los que la por él llamada “bio-resistencia” no alcanza para configurar respuestas o mecanismos eficaces para enfrentar a ese implacable poder biotipológico, máquina clasificatoria y altamente eficaz. Pero el autor encuentra el giro, el escape, el acto escapatorio con los que los jóvenes intentan subvertir al poder.

Fuimos los que alguna vez seremos

Tiempo atrás, cuando recién conocí el trabajo de Valenzuela, me sorprendió (y me ayudó) su noción de tiempo social. Discípulos ambos de Gilberto Giménez, lectores tempranos de Bourdieu, del primer Giddens; lectores sorprendidos de Benjamin, compartimos la incomodidad frente a la absolutización del tiempo social, como si se tratara de una categoría homogénea capaz de producir una atmósfera absoluta para todos aquellos contemporáneos adscritos a una temporalidad (y a un lugar). Valenzuela ha sido capaz de sostener la pregunta por el lugar y por el tiempo, tensión que no siempre es fácil de asir.

Visto de conjunto, el libro que hoy el lector tiene en sus manos, además de los méritos temáticos, de los aciertos analíticos, es portador de un elemento central: la clave espacio-temporal, que suele perderse en los estudios o reflexiones en torno a los jóvenes. Y no se trata de una clave cifrada en términos de “delimitaciones empíricas”, sino de un mecanismo mucho más complejo. Cuando en el texto aborda el tema de “Cien años choledad”, por ejemplo, el autor es claro en otorgar a esas dos dimensiones su elucidación fundamental: la historia. Por fuera de la historia, ni tiempo ni lugar tienen valor heurístico y mucho menos potencia analítica.

He constatado en varias ocasiones el efecto telúrico que produce el discurso de Valenzuela en torno a la necesaria historización de los conceptos, los procesos, las prácticas. Casi como jugando, cuando el autor habla de la frontera, coloca un pequeño fragmento de la película *El peregrino*¹ (1923) de Chaplin, para hacer visible que la “frontera” como problema y la mirada sobre la heterotopía² son históricamente configuradas y al mismo tiempo, tienen linaje. No hay manera de entender a los jóvenes, a sus culturas, a sus espacios y temporalidades, a sus signos, emble-

¹ *The pilgrim*.

² Bajo mi propia perspectiva, entiendo *heterotopía* como el lugar otro, amenazante, portador de gérmenes anómalos. Véase Reguillo (2005).

mas, marcas, tatuajes, por fuera de esa historia de configuraciones que ciertas miradas pretenderían posmodernas o amnésicas.

¿Será el futuro lo que una vez pensamos?

Si el futuro ya fue para numerosos sectores de nuestros jóvenes y ello forzosamente significa el agotamiento de la utopía cristiana de un futuro como realización de la esperanza y el bienestar, el problema es mayúsculo.

Quizás, esta manera de encarar el asunto por parte de nuestro autor, explique los ocho muertos por día a causa de la guerra del narcotráfico en los últimos tres años, o el crecimiento del 200% del suicidio entre jóvenes de 18 a 24 años en los últimos cinco años en el país; quizás este futuro que fue y se agotó explique por qué 71.8% de los jóvenes mexicanos no tuvieron un contrato en su primer empleo o por qué 49.8% no tienen acceso a ningún servicio de salud, y quizás este futuro escapado permita entender las razones por las que solamente 3.2% de los jóvenes confían en el Congreso.

Pero quizás más allá de “documentar el pesimismo”, como diría Carlos Monsiváis, esa idea de un futuro que ya fue, que ya pasó, es la llamada urgente del autor, en su implacable intercepción de discursos otros, de señalar la urgencia de asumir que la nominación heterónoma —es decir que se asigna y se imputa—, que los procesos de (auto)identificación en los que muchas veces se expresan las resistencias y las coordenadas espacio-temporales, son los constitutivos de una configuración que no está dada, sino que es susceptible de ser intervenida, quizás desde el tipo de discursos o posiciones como las de este texto que hoy me honro en prologar.

El pasado del futuro está en el presente.

Guadalajara, primavera 2008.

ROSSANA REGUILLO

Bibliografía

- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: Lom Ediciones.
- Reguillo, R. (2005). “Utopías y heterotopías urbanas. La disputa por la ciudad posible”. En *Diversidad cultural y desarrollo urbano*. Mónica Allende Serra, organizadora, pp. 201-214. Sao Paulo: Iluminuras/Arte Sem Fronteiras.



[AUTORES]

FABIÁN ACOSTA RICO. Licenciado y maestro en Filosofía por la Universidad de Guadalajara (UdeG).. Cursa el Doctorado en Ciencias Sociales en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)-Occidente. Imparte clases en el Departamento de Filosofía de la UdeG. Ha publicado varios libros y artículos sobre historia de México y Jalisco. Es jefe del Departamento de Investigación y difusión del Archivo Histórico de Jalisco.

MARIANA AYERBE. Estudiante de la Licenciatura de Relaciones Internacionales en la Universidad de San Andrés.

IRÉRI CEJA CÁRDENAS. Estudió Ciencias de la Comunicación en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y Artes Visuales en la UdeG. Tiene estudios parciales de la Maestría en Estudios sobre la Región que se imparte en El Colegio de Jalisco. Obtuvo el Premio Jalisco de Periodismo 2007.

MARCELA DÁVALOS. Investigadora en la Dirección de Estudios Históricos del Instituto nacional de Antropología e Historia (INAH). Ha sido profesora en diversas universidades y actualmente da clases en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Es doctora en Historia por la Universidad Iberoamericana y maestra en Historia-Etnohistoria por Escuela Nacional de Antropología e Historia.

JORGE GÓMEZ TREVIÑO. Profesor-investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño de la Universidad de Guadalajara. Graduado de la Maestría en Educación Superior de la Universidad de Guadalajara y del Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

JOSÉ GÓMEZ VALLE. Profesor-investigador del Departamento de Estudios sobre Movimientos Sociales de la UdeG. Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la UdeG.

MIGUEL ALBERTO GONZÁLEZ GONZÁLEZ. Docente en la Universidad de Manizales, Colombia. Docente e Integrante del equipo de investigación de la Maestría Universidad de Manizales. Licenciado en Filosofía y Letras. Magíster en Educación-Docencia. Realizó estudios doctorales en Conocimiento y Cultura Latinoamericana.

JAIME HERNÁNDEZ ORTIZ. Maestro en Derecho. Profesor-investigador en la División de Estudios Jurídicos del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la UdeG. Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales en el Colegio de Jalisco.

CLAUDIA MILENA HERNÁNDEZ R. Licenciada en Ciencias Sociales por la Universidad Pedagógica Nacional. Maestrante de Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y beneficiaria de beca académica del Ministerio de Educación argentino. Actualmente realiza su tesis de investigación en torno a la memoria y experiencia de inmigrantes colombianos en Argentina.

ARMANDO MARTÍNEZ MOYA. Licenciado en Historia por la UdeG. Maestro en Ciencias de la Educación por la Secretaría de Educación Jalisco y doctorante en el séptimo programa del Doctorado en Historia en la Universidad de Huelva, España. Secretario de la Sociedad de Historia de la Educación en Latinoamérica. Miembro del Consejo Mexicano de Investigación Educativa (COMIE) y profesor-investigador del Departamento de Estudios de la Cultura Regional de la UdeG.

LUIS RODOLFO MORÁN QUIROZ. Psicólogo, sociólogo, traductor. Doctor en Ciencias Sociales. Profesor-investigador del Departamento de Estudios de la Cultura Regional de la UdeG. Miembro del Intercultural Studies Group, de la Red de Investigadores del Fenómeno Religioso en México y de la Red Internacional Migración y Desarrollo.

SERVANDO ORTOLL. Doctor en Sociología Histórica por la Columbia University en la ciudad de Nueva York. Adscrito al Centro de Investigaciones Culturales-Museo de la Universidad Autónoma de Baja California, campus Mexicali. Sus disciplinas de estudio son la historia social y la historia política y sus especialidades la Iglesia y la política en México, biografías, movimientos sociales e historia institucional.

JAVIER PAREDES. Abogado por la UdeG, titulado por Excelencia Académica, con especialidad en Derecho de los Contratos por la Universidad Panamericana (2001). Ha sido jefe del Departamento de Legislación, Dictaminación y Convenios de la Secretaría de Salud (1999-2001) y presidente de la Asociación de Verificadores Sanitarios del Estado de Jalisco (2003-2011). En el año 2009 obtuvo el Tercer Lugar en el Premio Regional de Ensayo de Transparencia e Información Pública de la Conferencia Mexicana para el Acceso a la Información Pública, región Centro-Occidente.

ROSSANA REGUILLO. Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara y Centro de Investigación y Estudios en Antropología Social (CIESAS). Miembro del SNI, nivel II. Miembro de la Academia Mexicana de las Ciencias. Egresada de la Maestría en Comunicación del ITESO. Profesora-investigadora en esta misma institución y en la Universidad de Guadalajara (DECS). Ha sido profesora invitada en diversas universidades latinoamericanas y en Estados Unidos; sus temas de investigación giran en torno a las culturas urbanas, vida cotidiana y subjetividad, culturas juveniles.

DANIEL RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ. Alumno del programa de Doctorado en Antropología Social de la Universidad Iberoamericana en la Ciudad de México.

SERGIO FRANCISCO ROSAS SALAS. Licenciado en Historia por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Estudiante del Doctorado en Ciencias Humanas en El Colegio de Michoacán, A.C. Sus investigaciones se enfocan en la historia social y económica de Puebla durante el siglo XIX.

ALEJANDRA URBIOLA. Es doctora en Estudios Organizacionales. Está adscrita a la Facultad de Contaduría y Administración

de la Universidad Autónoma de Querétaro. Su disciplina y especialidades son la Economía, la Antropología y los Estudios Organizacionales.

MARÍA CRISTINA VERA DE FLACHS. Doctora en Historia e investigadora principal del Concejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Se desempeña además como profesora titular de Historia Social Contemporánea en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, y como docente de postgrado en universidades nacionales y en la red de universidades públicas colombianas (Rude Colombia). Fue presidenta de la Junta de Historia de Córdoba en 2000-2005 y de la Sociedad de Historia de la Educación Latinoamericana en 2002-2007.

VERÓNICA ZAPATA RIVERA. Cursó la licenciatura en Letras Españolas en la Universidad Autónoma de Nuevo León. Estudió la Maestría en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Actualmente cursa el Doctorado en Historia en la UNAM.

MARINA SARAIVA. Licenciada en Comunicación por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (1979). Maestra en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Colima (2003). Miembro del Seminario de Cultura Mexicana, Corresponsalía Colima, desde 1998. Actual directora de la Unidad de Culturas Populares de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Colima.